

tos hallaron al paso, y no respetaron ni los aposentos de la embajadora y sus damas, y lo registraron todo, y se llevaron atados á la cárcel de corte no menos de catorce criados, sin que valiesen de nada las protestas del señor de Belmonte. Acto continuo se fué éste al convento de Carmelitas descalzos, para que fray Manuel de San José le ilustrara con sus consejos; y de resultas de lo que trataron á solas, bajando el embajador el escudo de armas de Portugal de la puerta de su morada, se retiró á Carabanchel hasta recibir órdenes de su soberano. Apenas supo el suceso hizo víctima de igual tropelía al embajador español, conde de Capecelano, y consiguientemente se interrumpieron las relaciones amistosas entre ambas cortes. A pesar de estar ocupadísima la española en elevar á los hijos de Isabel de Farnesio á tronos de Italia, se pensó en arrebatár á los portugueses la isla de Peniche, para cuya empresa comenzóse á armar en Cádiz una pequeña flota; pero fray Manuel de San José, merced á su astucia, se impuso en el secreto, y comunicándolo á Lisboa, se llamó de allí una escuadra inglesa en ayuda, con lo que la expedición quedó plenamente frustrada.

## III.

Mientras por accidentes de escasa monta se volvían á encontrar dos pueblos que nacieron hermanos, y cuyas prosperidades y vicisitudes andan parejas en la historia; mientras se anulaba por desdicha la reconciliación verificada seis años antes entre las dos cortes, por virtud de las bodas del príncipe de Asturias don Fernando con doña Bárbara de Braganza, y del príncipe del Brasil don José con doña María Ana Victoria, hija de Felipe V y de Isabel de Farnesio: mientras españoles y portugueses casi estaban á punto de venir á las manos, el jueves 8 de diciembre de 1735 empezó á circular por Madrid una hoja volante manuscrita, obra de uno que se presentaba como duende crítico y como enterado de los secretos de la corte, lamentándose del mal gobierno y de lo difícil de la cura, y anunciando que echaría á volar papeles análogos todos los jueves con el ánimo de intentarla. Efectivamente cumplió su promesa, pues cada jueves corría de mano en mano la hoja volante, bautizada con el título de *El Duende crítico de Madrid* por la generalidad desde los principios. Un periódico político, venía á ser de oposición furiosa, en el cual se censuraba la apatía del monarca, se calificaba al ministro don José Patiño de tirano, y se zahería implacablemente al presidente del Consejo don Gaspar de Molina, al marqués Scotti, á los oficiales de la Covachuela, entre quienes se contaban á la sazón don Gerónimo Ustariz, autor del excelente libro titulado *Práctica del Comercio y de la Marina*, y don Sebastián de la Cuadra, que fué marqués de Villarias y ministro de Estado años adelante. De las fiestas del Calendario sacó el Duende muy buen partido para ridiculizar á los mas influyentes en el gobierno; así formó un nacimiento de Nochebuena, tomando las figuras de los personajes de la corte, hasta para que hicieran de buey y de mula; en Carnestolendas puso mazas; por Cuarema forjó un catecismo, y sermones á su antojo, y supuso confesiones generales del presidente del Consejo de Castilla y de los oficiales de la Covachuela con don José Patiño; por Semana Santa ideó una procesión á su modo; por Pascua florida entonó aleluyas, puso tablilla de excomulgados, y tituló uno de sus

SEGUNDA SERIE. — 1839.

papeles «Procesión del Duende, en que da el cuerpo del rey á los enfermos de esta monarquía.»

Siendo platillo de conversacion para los curiosos y noticieros de oficio, pasto de esperanza para los descontentos, y asunto de mortificación para los reyes y gobernantes, no pasaba semana sin la aparición puntual del Duende. Ocasiones hubo en que al sentarse á comer Felipe V se halló la fatídica hoja volante debajo del plato ó dentro de la servilleta: también aconteció que se la encontraran Patiño en el bolsillo de la casaca, y el cardenal de Molina entre los papeles del despacho. Innumerables prisiones se hicieron de resultas, y varias de ellas con indicios bastantes para suponer que el pájaro había caído en la red al cabo; pero amanecía otro jueves, y el Duende tornaba á hacer de las suyas, y cada vez se reía mas á mansalva de las pesquisas infructuosas que se repetían por darle caza. Así llegóse hasta el 24 de mayo, primer jueves en que se hubieron de acostar mohinos los que gozaban con el Duende, y esperaron al fin reposo los zaheridos por su pluma. Gran novedad por cierto que nadie se supo explicar por de pronto.

## IV.

Es fama que Santa Teresa no tuvo por apto á ningún hijo de Andalucía para ser general de los Carmelitas descalzos, y que reiteradamente previno que jamás se eligiera de tal provincia, á fin de evitar enormes castigos. Fieles al precepto de la santa los religiosos, en el capítulo celebrado por su comunidad poco antes del tiempo á que se alude, solo por ser andaluz negaron los votos á fray José del Espíritu Santo, é hicieron general á fray Pablo de la Concepción, el cual estuvo cortos días de enhorabuena, pues se le arrestó de orden superior y por cosas políticas en Bilbao, y se le condujo á la Alhambra de Granada, donde el año de 1736 acabó la existencia. Otra vez se hubieron de juntar los carmelitas para elegir prelado en Pastrana, y menos escrupulosos que hasta entonces nombraron al andalúz fray José del Espíritu Santo, que vino muy pronto á Madrid y á su convento de San Hermenegildo.

Una de sus primeras providencias fué la de mandar á fray Manuel de San José que marchara á Portugal de seguida y en derecha: vánamente expuso el religioso que semejante determinación se resentía de violenta, y que sería muy reparable que se ausentara, cuando en breve tenía que predicar dos sermones, uno al rey y otro á la princesa, según constaba hasta por los carteles de las esquinas, con su autoridad incontrastable le obligó el general á emprender el viage, y con tanta premura que ni aun tuvo lugar de recoger sus papeles. No agradó á los carmelitas esta conducta, y la atribuyeron al afán del nuevo prelado por hacer méritos con la reina y asegurarse el favor de Patiño. Efectivamente, contrario fray José del Espíritu Santo á las máximas del general difunto, y deseoso de bienquistarse con la corte, no vaciló en sacrificar al religioso citado, en quien por entonces se iba ya trasluciendo al mordaz y travieso Duende. Antes de pasar veinte y cuatro horas se sabía su marcha en palacio y el ministerio, y con suma diligencia se despacharon postas y correos para arrestarle y traerle á la corte. Le podía salvar su prelado; pero se obstinaba en perderle, y no mostrándose enemigo á las claras, sino fingiendo que le dañaba á pesar suyo. Lia-

AÑO XVII. 20.



mado á casa del cardenal de Molina, le dijo éste con severo tono.—¿Dónde está fray Manuel de San José, súbdito de vuestra reverencia?—Ya he proveído de remedio conveniente desterrándole á Portugal, respondió con aire de misterio el general de los carmelitas descalzos, dando de hecho al súbdito por culpable, puesto que le imponía castigo.—No, repuso el cardenal de Molina con toda la autoridad de su elevadísimo cargo; en Madrid le queremos, en Portugal de ningún modo.—Y sin levantar mano hizo que el general expidiese á fray Manuel de San José la orden terminante de darse á prision desde luego, y sin replicar la menor palabra.

Como no había entrado en los cálculos del general de carmelitas entregar al brazo secular al presunto Duende, sino atajar sus travesuras para vender esta fineza á la corte y ganar en influjo, y se hallaba con que se le perseguía de suerte que no le quedaba escapatoria, de vuelta en su convento fuese á la celda del infortunado con otros frailes, á fin de registrar sus papeles y de reducir á cenizas los que le pudieran traer perjuicio. Se hallaban en este caso la colección de los números del Duende, un borrador de carta en idioma francés y escrita de su puño para un ministro extranjero sobre la situación de España, y un papel de mano agena con el epígrafe de *Consejos al Duende crítico de Madrid*, en que había diversas enmiendas de letra del perseguido fraile: con especialidad había una significativa de sobra, pues á la exhortación de que ya no escribiera y de que se acordase que había *Alhambras en Granada*, aludiendo indudablemente al encarcelamiento del general difunto, le ocurrió añadir entre renglones al presunto Duende que *en Pluton había zahurdas*, con referencia á las cárceles del diablo mencionadas por Quevedo en sus Sueños. Todos acordaron que el padre provincial quemara estos papeles, cuando llevasen luz á su celda para mas disimulo; pero antes de que llegara el anochecer varió de opinion el prelado, y contra la de cuantos intervinieron en el registro de los papeles, se los envió al presidente de Castilla, so color de tenerle propicio, pues se necesitaba de misericordia á causa de ser muy patente la culpa. A los muy pocos dias propalóse la especie de que fray Manuel de San José había sido preso en Talavera de la Reina.

## V.

Chismes y trabacuentas de frailes produjeron así lo que intentaron sin fruto los gobernantes y los jueces á fuerza de pesquisas é indagatorias. Este es uno de los millares de casos con que se podría evidenciar que solo vistos por de fuera los claustros parecían mansion de reposo, pues á pesar del escapulario y la capucha, los poblaban hombres de carne y hueso. Trece dias despues de circular el último número del Duende, esto es, el 30 de mayo y á las nueve de la noche, entraba fray Manuel de San José en Madrid con muy fuerte escolta, no apeándose del coche en que vino hasta las puertas de su convento. Allí el general manifestó en afable tono y tratándole de hijo, que monásticamente no le podía poner en prision antes de sujetarle á proceso, y que si violaba esta regla lo hacia en virtud de órdenes del monarca. Breves, pero muy dignas y conceptuosas fueron las frases que le dirigió el preso, reconviniéndole por qué le atropellaba implacable en vez de servirle

de escudo. Hasta las costuras de los hábitos le registraron sin hallar cosa alguna, á vista y paciencia del prelado, que tras de ceder tan de lleno á la corriente de las vanidades del mundo, solo sobrevivió á este suceso tres dias, falleciendo á los cuarenta y dos de generalato de un accidente. Muy pronto murió tambien don José Patiño en el real sitio de San Ildefonso; y segun voz acreditada por consecuencia del afan incansable con que por cumplir la voluntad expresa del soberano y de su esposa vehemente, se dió á buscar á todo trance al autor del Duende, de cuyos dardos venenosos era continuo blanco este ministro diligente y trabajador á pesar de sus setenta años. Satisfechos como estaban los reyes de sus señalados servicios, endulzaron sus últimas horas, elevándole á grande de España, sobre lo cual dijo el moribundo con donaire:—*Me da el rey sombrero, cuando ya no tengo cabeza*. Por su alma se dijeron ademas hasta diez mil misas á costa del real patrimonio.

Como fray Manuel de San José ya se hallaba á disposición de la justicia ordinaria, cuando su general pasó de esta vida, en nada influyó tan súbito acontecimiento sobre su suerte. Solo tuvo comunicacion con el señor Quincoces, gobernador de la sala de Alcaldes y juez de su causa, el cual nada pudo sacar en limpio de sus declaraciones; con el provincial de su orden religiosa, que le encontró siempre sereno, y con el lego que le servia la comida, y de quien se debe suponer que le miraba con ojos de lástima y de afición respetuosa. Legalmente no se le podía probar que fuera autor del Duende, por mucho que la convicción moral estuviera en su contra, y mas siendo un hecho evidente que desde su salida de la corte de orden de su general y con direccion al vecino reino, todos los jueves pasaron en blanco, sin que las sátiras consabidas recrearan á los murmuradores y sobresaltaran á los que sufrían sus tiros. Se multiplicaban las diligencias, se repetían los interrogatorios, y solo se lograba aumentar el volúmen de los autos, pues ni fray Manuel de San José resultaba culpable, ni tampoco obtenia que se le declarara inocente.

## VI.

Mas de nueve meses de encierro llevaba el perseguido religioso, cuando el 17 de marzo de 1737 recibió el prior de carmelitas descalzos un aviso del inspector general de infantería para que viera si faltaba algun fraile de su convento. Receloso y con otros padres de la comunidad fuese á la prision de fray Manuel de San José en derechura, y se le quitó la zozobra al verla cerrada segun costumbre. Por su mandado y naturalmente se abrieron las dos primeras puertas, no así la última, que ofreció resistencia grande, aun despues de girar la llave en la cerradura. Imponderable fué la sorpresa de todos, tras de forzarla porque nadie respondia á las voces dadas desde fuera, al ver que el pájaro había volado. Nunca fray Manuel de San José había merecido con mas exactitud la calificación de Duende. Se ignora los medios que puso en planta para proporcionarse las tres llaves: solo se conoció que la resistencia que opuso la última puerta, no provino mas que de haberse entretenido el fugitivo en correr la aldabilla, pasando un hilo por entre las dos hojas, y quemándolo despues de lograr su objeto. En cambio constan puntualmente las circunstancias de su fuga.



Del encierro salió á las altas horas de la noche, y de seguida bajó al templo muy de callada. Su designio era ocultarse dentro de un púlpito portátil hasta que el sacristan abriera á la hora de costumbre; mas tropezó con la dificultad de estar enmohecidos los goznes de la portezuela por falta de uso; y temeroso de que rechinaran demasiado, se hubo de privar del escondite, aventurándose á esperar la madrugada todo lo arrinconado que pudo, y con la cruel incertidumbre de si el sacristan bajaría á abrir por la derecha ó por la izquierda del sagrado recinto, siendo forzoso que le descubriera en pasando por el costado que le pareció mas seguro. Su buena estrella quiso que no se engañara, pues el sacristan bajó y subió por el opuesto. Ya vencido este escollo se le ofrecía otro de mas bulto, pues sabía que guardaba el convento un piquete de cincuenta soldados. Siempre supuso que yacerían en brazos del sueño á aquella hora, y que solo tendría que habérselas con el centinela; mas así y todo el obstáculo parecía punto menos que insuperable. Sin embargo, con presencia de ánimo y osadía se obran portentos: lo sabía muy bien el religioso, y no faltándole ninguna de las dos condiciones, y anhelando respirar libre, se asomó cautelosamente; y observando que el centinela se paseaba de un extremo á otro del átrio, y que siempre giraba al volver hacia la derecha, le tomó la espalda una de las veces que pasó por delante, le siguió los pasos y el giro con astucia y á conveniente distancia, y al llegar en frente del pórtico hizo un brevísimo alto, á fin de que avanzase el centinela, y sin mas se deslizó escalera abajo con propicia fortuna á la calle. Descendiendo la de Alcalá dirigióse por donde es ahora el Prado á la de Atocha, con ánimo de buscar albergue en el convento de Agonizantes, que frente por frente del hospital ha durado hasta nuestros días.

Allí experimentó un contratiempo enorme, pues contando con la protección de un religioso, compatriota y amigo suyo, que se llamaba el padre Carballo, le dijeron en la portería que se acababa de recoger entonces, pues había estado asistiendo á un moribundo toda la noche en union del superior de la casa. Por no infundir sospechas no insistió fray Manuel en que se le avisara á pesar de todo, y se entró á oír misa, no sabiendo que partido abrazar en tan estrecho apuro. Para colmo de desgracia reparó que uno de los asistentes al templo no le quitaba ojo, y muy luego comprendió que le había reconocido, sin embargo de haber transformado en hábito de hermano del Buen Pastor el de Carmelita descalzo. Paje del señor Quincoces, juez de su causa, era el que le dirigía miradas continuas y también escudriñadoras: viéndole fray Manuel salirse del templo á media misa, no se le pudo ocultar que iba á dar el soplo, y se echó á la calle á la aventura. Urgiéndole buscar asilo, subió á la plazuela de Anton Martin, muy presuroso, y determinóse á revelar al prior de los frailes de San Juan de Dios su peligro. Lejos de hallarle favorable, hasta se le mostró pesadoso de saber tal secreto; y el pobre fray Manuel tuvo que ir á la casa de otro compatriota suyo, hombre de novelesca historia.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

(La conclusion en el número inmediato.)

## LAS SERPIENTES DE LA INDIA.

### AVENTURAS DE UNA FASCINADORA.

El doctor Williams, llegado hace poco tiempo de la India, me hizo últimamente el honor de invitarme á ir á verle.

El doctor Williams es un incomparable viajero que no hay punto del mundo que no haya recorrido.

En materia de historia natural, las cinco partes de nuestro globo han sido por dos veces el objeto de sus científicas observaciones; empero comprendiendo que el hombre aun cuando sea un doctor no puede conocerlo todo perfectamente, y que la corta duracion de la vida basta apenas para penetrarse bien de una cosa, se ha consagrado al estudio de las serpientes.

Examiné atentamente las diversas curiosidades traídas por el doctor, no solo de su último viaje á las Indias, sino tambien de sus anteriores viajes. Pude considerar alternativamente el nayer de Ceilan, el boa de Africa, la víbora negra del Brasil, la serpiente de cascabel del Senegal, y hasta las inofensivas culebras que se crían en Francia y en España.

Terminado mi exámen me detuve mucho tiempo delante de una serpiente rellena de paja, disecada con gran cuidado, y cuya cabeza descansaba sobre un pañolito encajado. Mi parada delante del reptil no tenia solo por objeto el contemplar sus enormes dimensiones y su brillante piel: otra idea me preocupaba: la coquetería con que se hallaban dibujados sus contornos, algunas hojas originarias de la India diseminadas en la caja, y el lujo particular de esta me hacian atribuir á aquella serpiente, ó un alto valor como curiosidad científica, ó bien algun interés como episodio de viaje.

Reparó el doctor mi atencion, y su fisonomía tomó una espresion meditabunda.

—¿Os choca esa serpiente? me dijo.

—Lo confieso, respondí.

—Pues bien, voy á satisfacer vuestra curiosidad, así como así tengo hoy la nostalgia de las Indias, y me hareis un gran favor en trasportaros á ellas conmigo en la imaginación: corramos las cortinas, cerremos las puertas y sentémonos á la chimenea. Si no me hubiéseis hecho el favor de venir á verme, yo solo me hubiera ocupado de pensar en esta serpiente; con que es mucho mas agradable hablar entre dos.

—Ya os escucho, doctor.

Entonces, despues de haberse convenientemente instalado en su butaca el doctor, se espresó en estos términos:

—La serpiente que ha llamado vuestra atencion es una cobra de la clase superior: tiene cerca de cinco pies, ó mejor dicho, tiene justos un metro setenta y cinco centímetros. Habéis debido reparar que sobre su capucha se hallan dibujados un par de anteojos oficiales, es decir, anteojos redondos, así este signo es el que le ha valido su nombre.

La cobra con anteojos es un animal terrible: es aterrador su aspecto cuando se encoleriza: se endereza su cuerpo como bajo un contacto eléctrico á una altura de mas de tres pies, y á fin de dar al impulso que debe lanzarla sobre su víctima, mas empuje, replega en anillos apretados y con-



vulsivos el resto de su cuerpo. Si alguna vez os llegais á encontrar en presencia de una *cobra* en su posición vertical, encomendaos á Dios, sois hombre muerto.

Me pareció ver vivo á aquel asqueroso reptil y sentí un estremecimiento glacial.

—¡Si, hombre muerto! repitió el doctor, á menos, mi querido amigo, que no tengais justamente en aquel momento una flauta en los labios ó un violin en las manos, porque entonces no solamente estais salvado, sino que, estoy de ello convencido, el monstruo se convertirá al instante en vuestro amigo: le vereis detenerse de repente y

dócil á vuestros sonidos, seguir con su cuerpo el compás ó lento ó precipitado.

La *cobra* tiene mas que pasión por la música, tiene aptitud para ella; ¡el monstruo tiene excelente oído! Preguntadlo al primer indio que encontreis, y os dará testimonio del gusto artístico de estas serpientes. En las ciudades de la India es en efecto muy frecuente verlas balancearse y con perfecto compás con los aires que tocan los juglares y titiriteros con sus sencillos flautines.

Pero es muy raro que un viajero, y sobre todo un doctor, tenga á mano un violin, clarinete ó flauta, y si por ven-



El doctor Williams y la fascinadora.

tura se encuentra cara á cara con una *cobra*, es un lance terrible: yo he estado á punto de hacer esta tremenda experiencia.

Un día en las orillas del Ganges, me hallaba en contemplación de una magnífica puesta del sol. Todo era grandioso y solemne á mis ojos: las brillantes olas del río caminaban con magestad entre las orillas cubiertas de una espléndida vegetación; en el horizonte divisaba una cadena de colinas iluminadas en su cima por los caprichosos tonos de una luz fantástica. Aquel espectáculo me había hecho pasar de la contemplación al éxtasis, al arrobamiento.

De repente oigo no lejos de mí un estremecimiento, escuchó... miro... y veo ondear las yerbas de la llanura en una línea que se prolongaba justamente en dirección hacia mí. ¡Mi sangre se hiela!... En aquel momento una *cobra*, esa terrible serpiente de las Indias se endereza, se alza delante de mí... allí á algunos pies solamente... hínchase su membrana, ábrese su terrible garganta, veo sus filas de dientes de muerte... Se lanza... me enrosca con sus anillos ya... su horrenda cabeza estaba á dos dedos de la mía....

—¡Dios mío! exclamé mirando al cielo.

En el instante en que yo hacía esta oración se agita un



pañuelo encarnado entre el monstruo y yo, y se deja oír un cántico... vuelvo un poco de mi terror y descubro á mi lado á una chiquilla á quien veía frecuentemente dar vueltas por la vecindad de mi casa.

La muchacha india agita siempre su pañuelo y continúa cantando. Pasan algunos segundos. Por muy asustado que estaba, reparé, sin embargo, que el movimiento del pañuelo encarnado parecia marcar el compás del cántico.... muy pronto aquel canto se moduló mas tierno, la mano de

la India tocó casi al monstruo, ¿qué digo? su mano acarició la piel con cierta cadencia en sus movimientos.

Muy pronto siento desenroscarse la *cobra* en derredor mio, la estrecha presión en que me tenia se afloja, cae á mis pies por último, y va hecha un ovillo á colocarse á los pies de la niña... la india se puso á su vez de rodillas, y entonces se verificó una terrible escena de fascinación.

El encanto se apoderó del monstruo, ya no amenaza, suplica... ¡es feliz! Como vencedor que quiere mas que



Los parassatos de Naga-Rawene.

una victoria, y que necesita una derrota, la india va á emplear un último y supremo medio; á la caricia de los gestos, á las amorosas entonaciones del canto va á añadir la seducción de sus grandes y rasgados ojos aterciopelados guarnecidos de largas pestañas negras: su mirada se fija sobre los ojos de la *cobra*, y muy pronto esta va á volver la cabeza como no pudiendo sostener el fuego de su mirada... ¡el enemigo implora perdón!

Desaparecido todo el peligro recobro mi presencia de espíritu, saco el excelente revolvers que llevaba en mi bol-

sillo, y en el que ni siquiera había pensado en mi primer momento de terror.

Lo monto... aseguro bien mi mano: apunto... y tiendo muerto á la *cobra*. Podeis convenceros de esto porque la planté la bala en medio de los anteojos.

—Vuestro tiro de pistola acaba de volverme la respiración, dije entonces al doctor, porque os confieso que no estaba todavía tranquilo. Ahora me permitireis una reflexión: ¿cómo explicais ese poder magnético de una muchacha sobre un monstruo tan horrendo? Muchas veces he oído ha-



blar de esos domadores que fascinan, empero siempre lo he tenido por una superchería; es decir que los dientes de la serpiente, su fuerza, su energía, se los habían quitado antes por un medio cualquiera, y que solo había en presencia de esos domadores, *fascinadores* ó *fascinadoras*, un animal inerte y convencido de su impotencia.

—Hablais como un espíritu fuerte, pero no como un naturalista que ha habitado diez años en las Indias. Daros una explicación científica del poder de los *fascinadores*, en efecto, es una cosa imposible. Yo solamente he estado en situación de comprobar este poder, y esto me basta. ¡Cuántas cosas hay que uno no puede explicarse, y que sin embargo son muy reales! Los *fascinadores* además son impenetrables cuando se les pregunta sobre este punto.

A dar crédito á las creencias populares, parecería que el poder de los *fascinadores* se remontaba á la mas alta antigüedad, y que es esencialmente hereditario.

No se cita ejemplo alguno de un iniciado extraño á las familias que poseen el monopolio esclusivo de este poder.

Voy á contaros un hecho de que uno de mis colegas y compañeros ha sido testigo.

Un oficial inglés ve una mañana oculta debajo de unos juncos una *cobra de capello*, que enroscada mostraba por sus indolentes contornos una digestión epicúrea; sabía perfectamente el oficial que cuando digieren las serpientes son como el hombre honrado que come, es decir, que por nada se incomoda; dejése, pues, contemplar la serpiente, y no salió de su magistral inmovilidad. Viendo esto el oficial, que en el número de sus conocidos contaba un *fascinador*, le envió á buscar.

No tardó en llegar el *fascinador*. Se acercó á la *cobra* sin vacilar, é inmediatamente entonó un cántico monótono, del que no puedo daros una idea, porque los pueblos del Oriente tienen en sus melodías una monotonía *sui generis*, y que os parecería mas que insípida habituado como estais á la música de los maestros italianos, aunque alguna vez se permitan ser monótonos.

A las primeras entonaciones del *fascinador* despertóse la *cobra*, y poco á poco estirando perezosamente sus anillos hizo brillar al sol los espléndidos contornos de su cuerpo.

Salió al fin la serpiente de su letargo, se enderezó soberbia y amenazadora, y se puso á silbar con las señales del mas grande furor. El *fascinador* permaneció impassible. Cantaba siempre, y su mirada se concentraba en la mirada del reptil. Había por qué alarmarse, porque la *cobra* con respecto al *fascinador* parecia ser del partido de la *reacción*, así el colega de quien acabo de hablaros temía muchísimo el desenlace de aquella lucha terrible entre el hombre, ese rey de la creación, que no tiene mas que la inteligencia, y el bruto que tenía la fuerza.

Triunfó el rey de la creación. La serpiente sufrió la influencia de la *fascinación*: de furiosa se tornó en mansa, ofensiva al principio resignóse luego á la sumisión y pronto todos sus movimientos se arreglaron á los movimientos del indio: instintivamente había comprendido la *cobra* la disciplina.

Prolongose todavía esta escena unos veinte minutos con gran confusión de la serpiente, porque su sumisión se convirtió en servilismo, pues el *fascinador* no dejó de insultarla á despecho de todas las reglas del buen gusto ó en otros términos de esquivarla en lo encarnado de los ojos. Y no ha-

bía en esto sortilegio, porque el indio nada tenía en las manos ni en los bolsillos, porque todo su vestido consistía en un tonelete de percal encarnado.

¡Qué no os diré yo por último para convenceros de la omnipotencia de los *fascinadores* sobre las serpientes! Yo he leído en alguna parte, ó no me acuerdo si es que alguno me lo ha contado, que un valiente indio dormía muy tranquilo y contento con un *ceraste* dentro de su gorra de noche.

—¿Y qué es un *ceraste*? le pregunté yo.

—Querido amigo, me respondió el doctor, es una serpiente pequeña que á lo mas tiene de largo de doce á quince pulgadas, y que lleva sobre los ojos una especie de cuerno. Su piel es multicolora y se ven en ella una serie de tonos y matices tan bien casados que causan la mayor admiración. El *ceraste* es el arlequin de las serpientes, arlequin por la piel, no por el humor, porque es el mas irascible y tenaz de todos los reptiles de su especie.

—Muy bien, doctor, os suplico que continueis. Estábamos en la gorra de dormir.

—Continúa. Esa gorra de dormir no era, como podreis suponer, una gorra como las que se ponen para acostarse desde tiempo inmemorial las gentes de nuestros pueblos. Compréndese en rigor que una serpiente pequeña un *ceraste* pudiese dormir cómodamente y sin irritarse en la cumbre de dicho gorro.

El gorro del indio por de pronto no era blanco, era escarlata, y en lugar de ser un largo cono como el de las gentes citadas tenía forma esférica, es decir, que el frontal, el occipital y las parietales, estaban encerradas en su contorno. Figuraos, pues, un *ceraste* formando turbante sobre vuestro gorro de dormir. Solo los *fascinadores* son capaces de soportar semejante posición.

Acabais de oír lo que me ha contado un compañero, ahora vereis de lo que yo he sido testigo.

Cierta tarde cerca de Calcuta un *fascinador*, con el solo fin de mostrar su poder hizo á un *ceraste* morder á un gallo. Dos minutos despues había muerto el gallo.

—¡Vaya un veneno! exclamé yo con estupor.

El *fascinador* me miró con una sonrisa de compasión, y cogiendo la serpiente por el cuello, se la comió en el acto comenzando por la cola, despues la cabeza, y en seguida el cuerpo por postre, y creedme, amigo mio, aquel *ceraste* tragado crudo le dió al *fascinador* tanto gusto y placer como el mas esquisito manjar al mas delicado gastrónomo.

Interrumpió un momento su narración el doctor para sacar su petaca y ofrecerme un buen cigarro.

—Creo, haber probado, dijo, el poder de los *fascinadores*, ahora debo confesaros sin salir garante de ello, que ciertas castas pretenden en la India que el don de la fascinación les viene no por derecho de herencia, sino únicamente porque desde la infancia les lavan con una infusión de plantas de ellos conocidas.

Creo haber tratado suficientemente la cuestión de *hecho*, comprendereis que con respecto á los *fascinadores* yo no podría sin incurrir en *heregía* hablar en su favor en la cuestión de *derecho*. Sin embargo, os diré algunas palabras de lo que sobre ello pensaban los antiguos. Jeremías ha escrito positivamente, y cuenta con que hablaba á nombre del Señor.

«Os enviaré serpientes que no sean fascinadas, y que os morderán.»



Luego ya en tiempo del gran profeta *las serpientes* no *fascinadas*, tenían el honor de ser tratadas como agentes de la cólera celeste. ¡Qué motivo de orgullo para los *fascinadores*! Por consecuencia esa ciencia oculta de *fascinar* se remonta á la mas venerable antigüedad, y el poeta elegíaco sin igual, que se llama Jeremías, no ha juzgado indigno de confirmarlo así en sus inmortales trinos y lamentaciones.

Y pues nos hemos metido en la Biblia, permitidme abrirla por el capítulo VII del *Exodo*, y ved lo que allí se lee:

«Dijo el Señor á Moisés y á Aaron: Cuando Faraon os diga: Mostradme prodigios, tú dirás á Aaron: Toma tu vara y échala al suelo delante de Faraon: y aquella vara se convertirá en serpiente.

«Entonces Moisés y Aaron se presentaron delante de Faraon, é hicieron lo que les habia mandado el Señor. Y Aaron arrojó al suelo su vara delante de Faraon y sus servidores, y la vara se cambió en serpiente.

«Entonces Faraon hizo llamar á los sábios y adivinos é hicieron lo mismo por medio de maleficios y sortilegios del país de Egipto.

«Arrojaron sus varas que tambien se cambiaron en serpientes; pero la vara de Aaron devoró sus varas.»

¿Este pasaje de la Escritura Santa no es un nuevo testimonio tributado á la importancia de los *fascinadores*? Y en efecto, nadie ignora, hablo de la gente instruida, que la *cobra* del Egipto se queda bajo la influencia de los *fascinadores*, inmóvil al principio, y luego como muerta basta para dar á esta serpiente la apariencia de un baston, palo ó vara, el apretarle fuertemente la nuca, é inmediatamente esta presion la pone en una especie de catalepsia que la transforma temporalmente en un palo ó vara.

De aquí vendria á resultar incontestablemente que el sábio Aaron y los adivinos de Egipto eran *fascinadores*, salvo el milagro final de las varas devoradas.

Si fuese menos caritativo podria citaros ademas á Virgilio y á Herodoto, Ovidio y otros sábios que hablan de los *fascinadores* si no con respeto, con deferencia al menos.

¿Sabeis lo que dice Plinio de los *psyllas* de Africa?

Respondí con un signo negativo á esta directa interpe-lacion del doctor.

—Pues que lo ignorais, voy á contároslo. Pretende Plinio, aunque yo no soy de su parecer, que los *fascinadores* ó para valerme de su expresion los *psyllas* ó *encantadores* exhalan naturalmente por todos los poros de su cuerpo emanaciones que producen la catalepsis en las serpientes.

Afirma tambien Aristóteles que la saliva del hombre es nociva á las serpientes. Cuenta por último que Babilonius el Caldeo *fascinaba* por medio de algunas palabras sagradas.

Segun mi opinion, y acabo de deciroslo, Plinio está equivocado. Yo he olfateado muchas veces á *fascinadores* y os aseguro que son completamente *inodoros*. Tampoco tenia razon Aristóteles. No conozco ningun medio de inocular la saliva en la garganta de una serpiente. En cuanto á Babilonius, creo supérfluo é inútil el refutar su método. Las palabras sagradas, muy graves y respetables para vos y para mí, son como si no se dijese para las *cobras* y otras variedades de su especie. Ciertamente es que hacen mal las *cobras*, pero que remedio, hay que renunciar á convertirlas.

—¿Cuál es, pues, mi querido doctor, vuestra opinion personal sobre el poder de los *fascinadores*?

—No tengo ninguna, amigo mio, voy á haceros la exposicion de una opinion, que si no creo es la verdadera, la juzgo al menos la mas aceptable. Supongo en las miradas de los *fascinadores* por derecho de nacimiento, un don de fascinacion, un poder de magnetismo inmediato. Producido este primer efecto el *magnetizador* dobla, triplica, quintuplica el fluido *fascinador*, y logra al fin que la pobre serpiente quede bajo aquel fatal fluido verdaderamente cloroformizada.

Y despues de un silencio de algunos segundos:

—Dixi, añadió el doctor en forma de conclusion.

—Gracias por vuestras esplicaciones le respondí; pero no me habeis dicho qué se hizo de la *fascinadora* despues de vuestro tiro de revolvers.

El doctor se puso triste.

—Tuvo uno de los mas trágicos fines, y desgraciadamente yo he sido la causa. Ved que encadenamiento de circunstancias lo produjeron.

Sabed por de pronto, mi amigo, que ciertas serpientes, las *cobras*, entre otras, son miradas por los indios como seres casi divinos. Las consideran de una naturaleza superior á la nuestra. Su patria, dicen, es un mundo inmediato al trono del Altísimo, y no vienen á este mundo de los mortales, sino como viajeros que desprecian nuestras debilidades y miserias.

La patria de las *cobras*, me ha contado la *fascinadora*, se llama *Naga-Rawene* y tiene lo menos diez mil leguas de circunferencia. Allí no hay ni montes, ni rios, ni lagos, ni vegetacion: pero allí se encuentra el *parassato*, y el *parassato* es un árbol sin igual, de que solo una *cobra* podria dar idea. Siempre está cubierto de las mas espléndidas flores y cargado de las mas hermosas frutas, produce ademas é instantáneamente todo cuanto le piden las serpientes de *Naga-Rawene*.

A la sombra de los *parassatos* se deslizan, repliegan, enroscan, salta y juegan los innumerables habitantes de aquel mundo encantado. Es el paraíso de las serpientes, y paraíso bien merecido á creer en la theogonia de los *fascinadores*, porque segun ellos las *cobras* y otras variedades de su especie que lo pueblan por toda la eternidad fueron primitivamente simples mortales como nosotros, pero mortales infinitamente mas virtuosos; sin embargo, como aun dejase algo que desear su virtud, y como tuviesen aun algo que purgar, Bouddha les impuso la forma rampante de una serpiente, dándoles sin embargo, por vía de compensacion la espléndida mansion de *Naga-Rawene*.

Así en su respeto y temor por Bouddha, las serpientes de esta morada se comportan á cual mejor. Viven en buena union, jamás se devoran mutuamente, tienen un gobierno que respetan, un culto que nunca profanan. Son la antítesis de los hombres. Son una leccion para las debilidades del género humano.

Esta es, poco mas ó menos, mi amigo, la relacion que me hizo la muchacha *fascinadora*, cuando yo trataba de consolarla por la muerte de la serpiente divina, empero para hablar como Chateaubriand puso en sus palabras, lo que yo no he podido poner en las mías, *la flor del desierto y la gracia de la choza*.

Ya comprendereis que con semejante creencia los indios no podrian perdonar al que malase uno de estos monstruos divinos.



Así al ver la *cobra* tendida á mis pies y sin dar la menor señal de vida, la *fascinadora* se echó á llorar y dar grandes gritos de desesperación; su desesperación degeneró en terror cuando oyó á algunos pasos de nosotros á un cipayo apostrofándola en términos amenazadores.

Adelantóse rápidamente hacia ella el cipayo, y mas ligero que un relámpago le sepultó un cuchillo cingalés en el pecho.

—La has fascinado para que el *feringhis*, nombre que los indios dan á los ingleses, la mate, muere tú también, dijo con aire sombrío el cipayo, y sin volver á mirar á su víctima se arrodilla delante de la *cobra*, pronunciando una oración y mirándose con ojos terribles.

Recibí á la *fascinadora* en mis brazos.

—Bien sabía yo, me dijo, que me había de suceder una desgracia, señor *feringhis*, me dijo, dadme la sepultura sagrada del Ganges, y rogad á Boudha que perdone á la *fascinadora*. En cuanto á ella, y me señaló con la mano á la *cobra*, ya se halla en la morada de los bienaventurados bajo un *parassato* de *Naga-Rawene!!!* En memoria mia respetad su despojo mortal.

En aquel momento ya no tenía yo en mis brazos mas que un cadáver. Lo coloqué con piadoso recogimiento debajo de un espeso árbol.

Cesó de orar el cipayo en aquel instante, y de repente con su cuchillo en la mano se lanzó sobre mí... Me cogía prevenido... Había vuelto á armar mi revólver... y á boca de jarro le hice saltar la tapa de los sesos: la muerte fué instantánea.

Figuráos cómo me quedaria, y cuál sería el estupor que se apoderaría de mi alma despues de semejante escena; tres cadáveres se hallaban delante de mis ojos: yo había visto cometer un asesinato, y era á mi vez un asesino!....

La noche se iba echando encima, y necesitaba tomar un partido. Fiel ejecutor testamentario de la desgraciada *fascinadora*, deslicé temblando su cuerpo en el Ganges, despues de haber derramado sobre su frente una lágrima de dolor; recogí del suelo su pañolito encarnado para conservarlo para siempre.

En cuanto á la *cobra* me quité mi levita y la envolví en ella lo mejor que pude. Era completa entonces la oscuridad. Volví á tomar el camino de mi casa con aquella singular carga.

—¿Y el cipayo? pregunté al doctor, ¿qué hicisteis de él.

—Encomendé su alma á Dios, y no me cuidé de su cuerpo.

—Debeis conservar un triste recuerdo de esta historia, doctor.

—Mas que un recuerdo... un profundo sentimiento; mi corazón no ha vuelto á tener descanso desde el momento fatal en que los aterciopelados y rasgados ojos de la *fascinadora* se cerraron en mis brazos.

—De modo que la terrible *cobra*.... dije señalando al reptil dormido sobre su pañolito encarnado....

—Es para mí una reliquia, respondió maquinalmente el doctor. La *fascinadora* me ha fascinado con su última mirada.

EL CONDE DE FABRAQUER.

## RUBENS.

Amberes, esa gran ciudad flamenca, parecia cubierta de un fúnebre crespon, aun cuando se había entrado ya en los últimos dias del mes de mayo, en el momento en que la naturaleza nos envia con las flores sus mas graciosas sonrisas, un cielo sombrío y negro se mostraba acorde con las preocupaciones de la ciudad.

Una tarde triste del mes de mayo de 1640, un extranjero de buen talante, montado sobre un magnífico corcel, hizo su entrada en Amberes; sin duda el desconocido había guardado un recuerdo mas alegre de aquella encantadora ciudad, sobre todo en aquel momento; se hallaba entonces en la época de la fiesta del Kermess, que de ordinario los habitantes celebraban con diversiones esta solemnidad, porque el extranjero, queriendo hacerse explicar aquel problema, se dirigió rápidamente á la posada mas ahumada del pais, sabiendo que allí debía encontrar buena cama, buena comida y noticias verdaderas ó falsas de lo que sucedia.

Encontró vacía la posada, y al dueño de la casa paseándose á lo largo y á lo ancho del patio con todas las señales de la mas grande impaciencia. El forastero, sin apearse del caballo, le llamó con viveza.

—¡Hola! señor posadero, exclamó. ¿Está atacada toda la ciudad de rabia, que no se ven mas que fachas patibularias, en lugar de esos rostros alegres que la época de la fiesta hace tan gentilmente brillar?

—¡Ay! no señor; no es la ciudad la que está enferma, dijo lastimosamente el patron del *Sol de Oro*, y añadió, levantando los ojos y las manos al cielo, como para tomarle por testigo de la franqueza de sus palabras: ¡Pluguiera á Dios que fuese ella, es decir, toda mi familia, antes de que nos sucediese la terrible desgracia de que nos hallamos amenazados! ¡Así las fiestas no se verificarán este año!...

—¿Pues qué peligros amenazan? interrumpió el forastero, cuya curiosidad se había avivado.

—¡Qué! ¿hace una hora que habeis entrado en Amberes, y todavía lo ignorais? exclamó el buen posadero. ¡Ay! El peligro en que estamos es el de perder á Rubens, nuestro querido y gran pintor; porque hace dos dias que Rubens se halla en peligro de muerte.

Al saber esta noticia palideció horrorosamente el forastero, y metiendo espuelas al caballo, se lanzó al través de las calles de la ciudad, y en algunos segundos se halló delante de la casa de Rubens, que se disponia á comparecer delante de Dios.

Una muchedumbre inmensa rodeaba aquella casa; pero á pesar de aquella afluencia considerable no se oía el mas mínimo ruido; y si, al contrario, el ruido de algun carruaje se dirigia hacia aquel lado, un hombre del pueblo se destacaba de los grupos, para ir á obligar al conductor del vehículo á marchar por otro lado, á fin de que ningun ruido pudiese venir á turbar el reposo de aquel. \* á quien con tan justo título miraban como la gloria y el honor de su pais.

En aquel momento un anciano criado se presentó en lo alto de la escalera.

—Rubens está un poquito mejor en este instante, dijo con una voz conmovida.